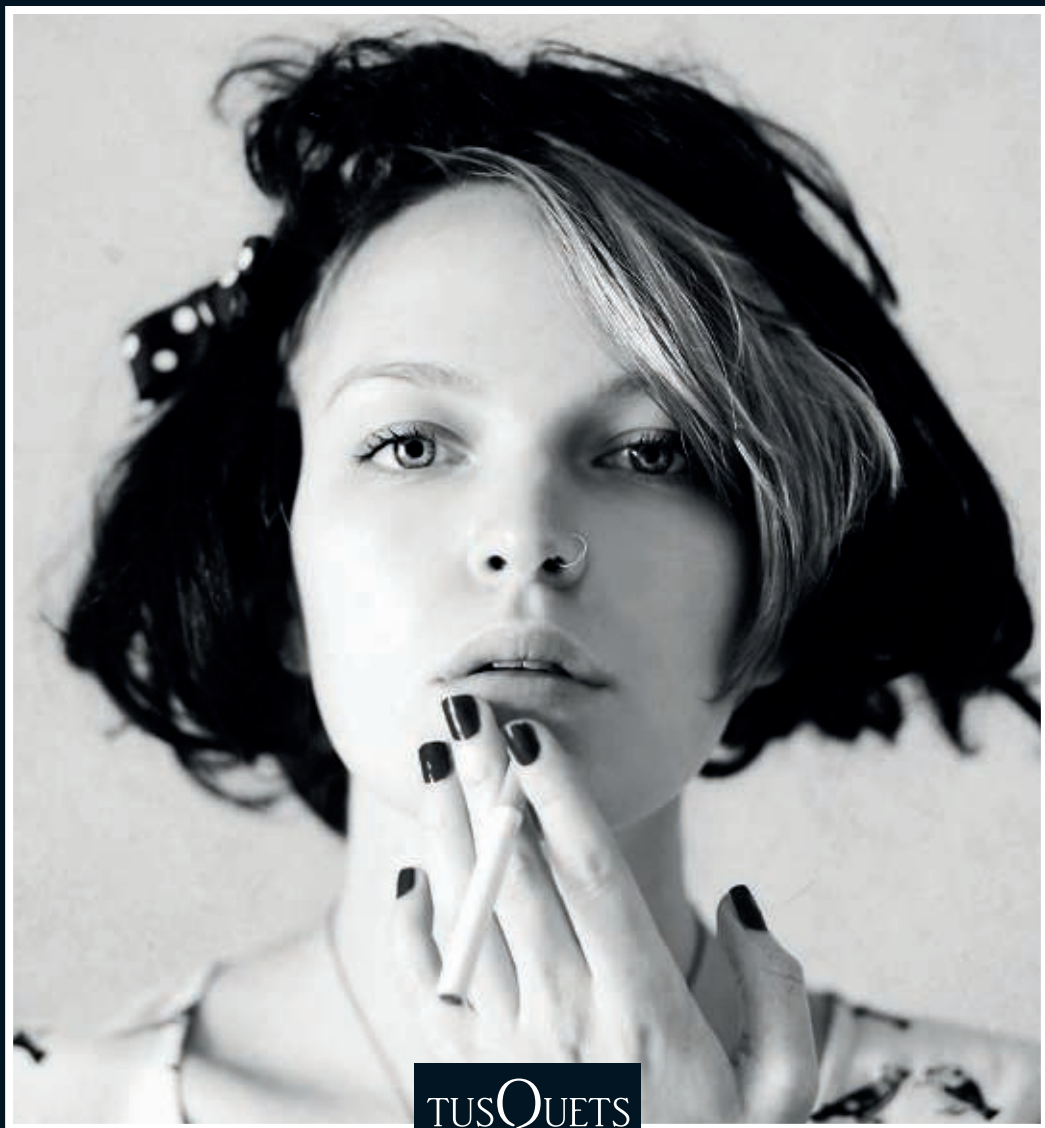


Bárbara Blasco

LA MEMORIA
DEL ALAMBRE

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

BÁRBARA BLASCO
LA MEMORIA DEL ALAMBRE

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: febrero de 2022

© Bárbara Blasco, 2018

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-233-6072-7
Depósito legal: B. 522-2022
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Tras circular durante toda la semana por una vía señalizada, llegamos frente a un cartel que anuncia: FIN DEL MUNDO CONOCIDO. Audaces como somos, nos preparamos para saltar, nos preparamos para salir. Tenemos trece, catorce años. No tenemos edad.

Es viernes por la tarde. Me visto, me maquillo, esparzo sombra de ojos morada por el párpado móvil, colorete morado a lo siux, pintalabios morado. Yo llevo minifalda negra, medias de red, botines de ante fucsia, calentadores de lana. Carla, unas mallas de licra negra y un bodi azul eléctrico. Su figura delgada se engrosa en la base por los calentadores. Se llevan los botines con calentadores. Se llevan las hombreras. Se llevan los años ochenta, uno encima de otro.

Qué distinto se ve el siglo XXI desde el siglo XX.

Intercambiamos un botín, como piratas con principios, y caminamos con pasos de distinto color. A nues-

tra edad, la felicidad se mide en unidades de extravagancia. Carla gasta un número menos que yo y, con cada paso que doy, mi pie izquierdo me recuerda su existencia. Revolvemos en nuestros bolsillos. Apenas logramos juntar ochocientas pesetas entre las dos, lo justo para un par de entradas a Distrito 10, que incluyen cubata. Decidimos que sí, entre risas histéricas que ni siquiera vienen a cuento.

El portero de la discoteca, mayor hasta decir adulto, nos da los tickets con rutilante desprecio mientras deja resbalar su pegajosa mirada por nuestros cuerpos adolescentes. Y sabemos que somos unas niñas, que apenas poseemos nuestro sexo para contraatacar, nuestro sexo que orientamos al mundo como un potente punto, *El eterno femenino* que canta La Mode.

En la pista, bailamos *Boys Don't Cry*. Pedimos vodkas con limón y nos los bebemos como si fueran zumo de frutas, glup, glup, con qué alegría se precipita el líquido por nuestras jóvenes gargantas. Bebemos sin medida, despreciamos la previsión como la peor de las enfermedades degenerativas y nos complace hacerlo. Ya encontraremos a quien nos invite a más, y si no, siempre queda la opción de rebañar los restos de cubatas abandonados sobre la barra.

El aburrimiento es sin duda el peor de nuestros males; la fantasía, la droga más poderosa; el resto de las sustancias, meros sucedáneos que se exacerban al contacto con nuestra imaginación.

Nos drogamos, todo lo que podemos: ese es el límite, y el destino nos extiende sus brazos elásticos como telarañas, donde miles de vidas posibles pueden quedar pegadas.

Qué distinto se ve el siglo xx desde el siglo xxi.

Aún fumamos bajo techo. El humo de los Fortuna purifica nuestros pulmones y nos eleva con su halo por encima de la pista, donde los altavoces, donde las luces de colores.

Se acerca el pelirrojo con el que me enrollé el viernes pasado. Pero hoy me da asco su nariz chata, su gesto blando, sus pecas hacinadas sin sentido, su manera gomosa de bailar, sin apenas mover el tronco. Ni siquiera se arrima con convicción.

Yo no quiero repetir porque repetir es la muerte, y la rutina, el infierno que sigue a esa muerte. Pero sobre todo porque ha venido solo, sin el colega con el que se enrolló Carla el otro día, desoyendo una ley no escrita por la que nosotras siempre, siempre, elegimos los rollos a pares.

Compactas, huimos de la pista hacia el piso de arriba. Apenas permanecemos diez minutos a solas. Ellos son altos, son mayores —por lo menos dieciocho—, y eso es suficiente atractivo para nosotras. En dos movimientos, se han repartido la mercancía y cada cual nos rodea con su brazo. El mío planta su zapato mod sobre la mesita baja, su zapato que es como una barcaza de gamuza que hace tintinear el vidrio. No sé

qué dice, no lo oigo bien. Por una parte, está la música alta, que mordisquea las palabras, y por otra las palabras, que apenas consiguen mordisquear mi interés. No me interesa conversar, no tengo mucho que decir sobre ningún tema. No poseo opiniones, no poseo juicios, sólo sensaciones.

Su lengua se aproxima ahora hacia mi boca, despacio, como una de esas garras metálicas de las máquinas de premio de las ferias. Desciende a velocidad constante y una vez en el fondo, comienza a removerlo.

Me concentro en hacer círculos perfectos. Pienso que debería cerrar los ojos y los cierro, pero todo me da vueltas. Vuelvo a abrirlos y me topo con los ojos de Carla que asoman tras otra cabeza y todo va bien, extraordinariamente bien, no sé si por el túnel protector que construyen los besos, que engullen las palabras, o por el alcohol, que ha empezado a distribuir placer a través de mis venas, o son los ojos de Carla, negros, brillantes, a punto de desbordarse, como esas piscinas infinitas, que se confunden con el mar.

Entonces aún se sorteaba el paraíso, como dice la canción que ha empezado a sonar. *Para ti, que estás de morros esta noche / que descubres los secretos de tu cuerpo.* Es una de nuestras canciones y queremos bailar, queremos desesperadamente bailar.

Carla es la primera en deshacerse de su lengua y, como en un paso de tango, me tira del brazo para liberarme de la mía. No es por coquetería, no se tra-

ta de exhibir la mercancía fresca como dos caprichosas Lolitas, es que nos morimos por bailar. Sin más explicaciones, nos lanzamos escaleras abajo hacia la pista, donde el pelirrojo, donde las luces de colores, donde el paraíso. *Para ti, que sólo tienes quince años cumplidos / para ti, que no desprecias ningún plato lindo / para ti, que aún careces de prejuicios bobos / para ti, queremos sortear el paraíso.* Coreamos el estribillo a voz en grito, qué importa si ni siquiera hemos cumplido los quince.

Y cuando acaba, bailamos otra, y otra, y una más. Perdemos la cuenta, perdemos la noción del tiempo y hasta de dónde vienen las luces de colores que dibujan caracolas intermitentes, verdes y azules, en el rostro de Carla, en mis manos, haciéndome creer que podemos existir y dejar de existir, y volver a existir de nuevo. Olvidamos que esos dos nos están esperando.

Y resulta incómodo, unas canciones más tarde, reconocer sus gabardinas mods acechando desde la barra, sus pupilas haciendo diana en nuestros cuerpos, tratando de trabar nuestro baile con los dardos de la culpa. Cada vez son más mods desde la barra, con sus minicorbatas negras, sus flequillos volátiles, sus gabardinas de paño. Y un poco más feos. Insisten en frenar nuestro ritmo y arrastrarnos hasta la barra a seguir con el asunto de las lenguas.

Apenas nos dejamos quitar el tiempo justo para

beber de sus copas y volver a la pista a sucumbir bajo la luz discontinua.

Hasta que nos encontramos bailando muy cerca Carla y yo, a esa distancia en la que empiezan a desdibujarse las formas y se hace nítido lo innombrable. Y ella posa sus brazos sobre mis hombros y yo acoplo los míos a sus caderas, y nos besamos. Con los ojos cerrados nos besamos. Una sola vez, como una manera de diluirnos en la música, de entornar suavemente la puerta, de que nos dejen en paz.

Te diré que el mundo era mucho más sencillo entonces: se dividía en pijos, en rockers, en mods, en punks. Compartimentos estancos y bien definidos. Los mods odiaban a los rockers, los rockers odiaban a los punks, los punks odiaban a los pijos, los pijos odiaban a todo el que no fuera pijo. Nosotras escogíamos tribu en función de lo mucho o lo poco que nos favoreciera el estilo. Nos cardábamos el pelo, nos gustaba el cuero por rudo, por suave, por inalcanzable, los pañuelitos de topos anudados al cuello, las medias de red transgresoras. Y por supuesto estaba la música que aún nos pertenecía, ese dios de la melodía que no había muerto. En los ochenta, aún se escuchaban guitarras en las discotecas e incluso cuando sonaban esos niñatos de Hombres G, por más que arrugáramos la nariz con mohín despectivo, no podíamos dejar de corear que *quiero comprarme un jersey a rayas*. Entonces aún no habíamos enloquecido de forma colectiva, tan

sólo de uno en uno. La música aún podía salvarnos. Fue justo antes de que se pusiera en marcha la trituradora de emociones, la máquina, la electrónica, el house, el trance, los miles de nombres para aludir a la victoria del frío.

Vista desde el presente, *Para ti* ni siquiera es una gran canción. Apenas cuatro acordes, su intérprete no domina la técnica vocal ni de lejos. Es ñoña, es simple, es una gran canción *Para ti* porque es pura emoción.

A veces me pregunto si, despojadas de la emoción del recuerdo, las canciones significan algo.

Veo brillar los ojos de Carla, como carbones encendidos. Nunca he visto unos ojos brillar tanto. *Para ti, que sólo tienes quince años cumplidos / Para ti, en cuyo placer aún hay ambigüedades*. Nos besábamos, nos dejábamos tocar, nos drogábamos, lo pasábamos bien. A los catorce, no concebíamos la idea de dejar pasar ninguna oportunidad para ser felices. Aún creíamos que podríamos salir indemnes. Fue justo antes del silencio.

Es inevitable: asocio el final de Carla con el final de la música.

Desde que recibí tu mail hace tres semanas, me asaltan los recuerdos de adolescencia, recuerdos que han permanecido dormidos en algún pliegue oscuro de mi memoria y que despiertan de pronto como después de un largo coma.

Me pides que te cuente de Carla, de tu Carla, de

algo que sucedió hace más de veinte años, como si detentaras un derecho legítimo sobre mis recuerdos por el mero hecho de ser su madre. Vosotras, que erais tan amigas, escribes, como si ya hubieras delimitado los bandos en conflicto, trazado las líneas de batalla, previsto los asaltos.

Quieres saber qué pasó entonces, como si entonces no fuera una ficción, un tiempo imaginario, imposible de localizar entre la infancia y la edad adulta, un limbo sin coordenadas fijas al que no sé bien cómo regresar, del que no sé bien cómo salir. Y siento que hurgas en mi boca en busca de tus propias palabras.

Preguntas qué llevaba Carla en los bolsillos cuando la encontraron, y no sé si es literal o estás jugando a las metáforas. De alguna manera te culpo de lo sucedido, creo que te he odiado todos estos años, levemente, sin conocer la razón exacta.

También me pides que te cuente qué ha sido de mí, y no sé por qué esa frase me produce de pronto tanta vergüenza.

Lo cierto es que desde que recibí tu mail, observo mi rutina con ojos nuevos, que no son exactamente los tuyos, pero tampoco los míos. Me he convertido a la vez en espectadora y en protagonista de mi propia vida, como si me hubiera retirado a unos pocos centímetros de la realidad para corregir los defectos de la vista cansada y ver con más claridad. Y cuando hablo hacia dentro, te sorprendo a menudo, acomodada en

un rincón de mi cabeza, escuchando atenta. ¿Qué pretendes de mí? ¿Qué quieres saber? ¿Por qué me escribes ahora? ¿Por qué después de tanto tiempo?

Aún no sé si me decidiré a responder a tu mail, pero es un hecho que he empezado a contestarte mentalmente.